

BIBLIOTECA  
FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO



# EL IMPERIO DEL SOL

UN RECORRIDO POR LOS ENIGMAS DE PERÚ

Luciérnaga

BIBLIOTECA  
FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO

# EL IMPERIO DEL SOL



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Fernando Jiménez del Oso

© Espacio y Tiempo, S. A.

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño  
Área Editorial Grupo Planeta  
Imágenes de cubierta © Shutterstock

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: septiembre de 2016

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2016  
Ediciones Luciérnaga  
Av. Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-16694-27-3  
Depósito legal: B. 14.338-2016

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

# Índice

CAPÍTULO I	
El Imperio de Barro .....	9
CAPÍTULO II	
Chavín de Huantar .....	19
CAPÍTULO III	
Los mochicas.....	39
CAPÍTULO IV	
Nazca .....	49
CAPÍTULO V	
Los viejos cráneos .....	59
CAPÍTULO VI	
Tiahuanaco .....	69
CAPÍTULO VII	
Viracocha .....	79
CAPÍTULO VIII	
El hombre de Ica .....	101
CAPÍTULO IX	
Los incas .....	111
CAPÍTULO X	
Cuzco .....	121
CAPÍTULO XI	
Las leyendas de Cuzco .....	131

CAPÍTULO XII	
Sacsahuamán .....	141
CAPÍTULO XIII	
Machu Picchu .....	151
CAPÍTULO XIV	
Retorno a Machu Picchu .....	175
CAPÍTULO XV	
Ocucaje .....	183
CAPÍTULO XVI	
Cerro Sechín .....	193
BIBLIOGRAFÍA .....	203

## CAPÍTULO 1

### EL IMPERIO DE BARRO

Hay en Perú una provincia de bello nombre: Libertad. Es una tierra de historia apretada y densa, de doce mil años de antigüedad, que es la edad que se asignó a los restos de los primeros habitantes que se encontraron, los huesos de una mujer y de un niño, hallados en Paiján. 2.500 años a. C. había en esa zona gentes que cultivaban la tierra y tejían sus vestidos, y desde entonces aquella parte de la costa norte de Perú no ha dejado de ser habitada por los hombres, con todo lo que ello implica.

La capital del departamento es Trujillo, acaso la más española de las ciudades peruanas y, quizá también por ello, la primera en independizarse. Dicen sus crónicas que fue fundada en diciembre de 1534 por don Diego de Almagro, que le dio el nombre de Trujillo en recuerdo de la ciudad española donde naciera Francisco Pizarro, el conquistador de Perú. Con mejor sentido que en el Viejo Mundo, las nuevas villas fundadas por los españoles fueron trazadas «a cordel», con calles rectas y plazas abiertas, como Trujillo, donde aún perduran iglesias y conventos, que solían ser los edificios que primero se levantaban, y casas solariegas de patios enlosados, que hablan de un tiempo reposado y discreto. En muchas de sus fachadas sobreviven balcones de hace siglos, trabajados en madera y con celosías, que

hacen pensar en muchachas casaderas acechando el paseo de mestizos galanes. Aún quedan rejas que guardan ventanales de muchas viejas casonas, idénticas a las de algunas ciudades de España.

Parece que los que allí llegaron hace cuatro siglos y medio, en su mayor parte extremeños, quisieron hacer de Trujillo una copia mejorada de sus pueblos, con calles rectas y anchas, pero sin perder el aire de una ciudad española. Lo consiguieron a medias, porque la Trujillo peruana tiene un rostro distinto, un color diferente, y son otros sus ruidos y olores, como son otras sus gentes. Se fue haciendo grande sin prisas, pero ya en el siglo XVII despertaba la codicia de los piratas ingleses y holandeses, y por eso, un virrey, el duque de Palata, mandó edificar una muralla en torno a ella para mejor defenderla. Trujillo y Lima fueron las dos únicas ciudades amuralladas del Perú, pero el peligro para la colonia no estaba fuera, sino dentro. Fue Trujillo la primera del país en proclamar su independencia en 1820 y la primera en izar la bandera nacional.

Todo eso queda ya lejos, y, sin embargo, está demasiado próximo en el tiempo, porque lo que allí buscamos se refiere a una época anterior a la conquista, anterior incluso a la presencia de los incas. La meta no está en una ciudad colonial, sino en otra más vieja y legendaria: la mítica Chan-Chan, la ciudad de barro que fue capital de un imperio y centro espiritual y administrativo de un territorio, quizá el más seco del planeta, que se extendió a lo largo de 1.300 kilómetros de costa, desde el río Tumbes, por el norte, hasta el río Chillón por el sur.

«Todo es arenales y pedregales sequísimos y por ellos no se ve cosa viva ni nacida, hierba ni árbol, si no son algunos pájaros ir volando.»

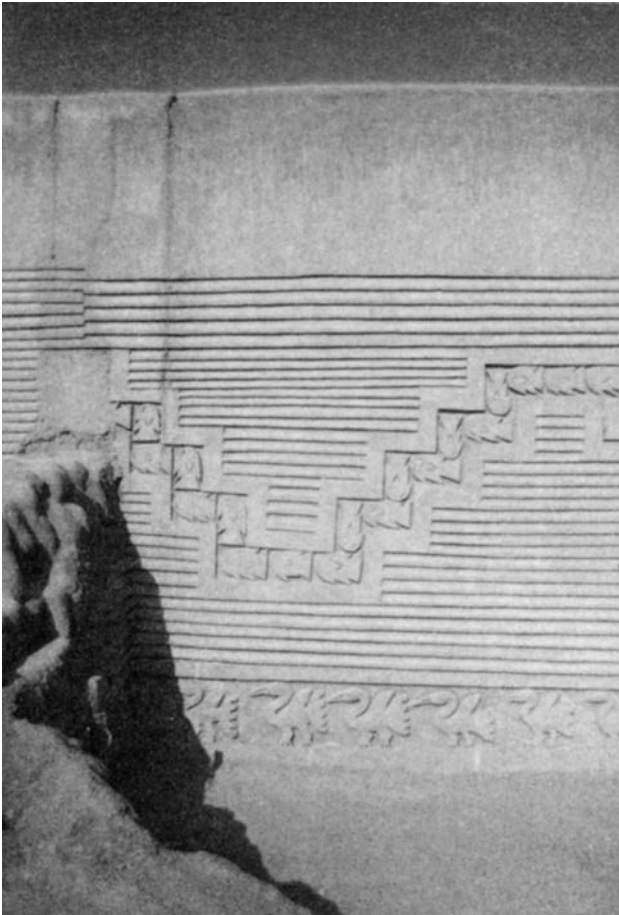


Trabajos de restauración en Chan-Chan.

No le faltaba razón al cronista, porque es ésa una tierra seca y estéril, eternamente sedienta y, paradójicamente, siempre bañada por las aguas del océano Pacífico, que es su límite por el oeste; una franja de tierra calcinada y de dunas, atravesada a veces por ríos que nacen en la sierra, pero que sólo llevan agua durante algunos meses del año. Sin embargo, hubo hombres que aprovecharon esos ríos con canales y acequias y, cuando el agua faltaba, hacían crecer sus plantas con la humedad del subsuelo. Aún quedan en Chan-Chan algunos wachakes: grandes fosos con paredes forradas de piedra, en otros tiempos estucadas. En el fondo, la tierra permeable rezumaba el agua vital, que, aunque salobre, podía ser consumida. Otros wachakes menos profundos proporcionaban humedad suficiente al terreno para cultivar las plantas necesarias. Sólo quedan los más grandes, pero debió haber centenares de ellos, porque lo que ahora es un conjunto de montículos ocre, donde nada crece, según cuentan, era una ciudad de jardi-



nes. Ya nada es allí como fue en otro tiempo; cuesta imaginar que estos restos informes pertenezcan a una ciudad que se extendía sobre veinte kilómetros cuadrados y en la que vivieron más de cincuenta mil personas; pero es así como fue y no como la ven ahora quienes la visitan. Por sus calles anduvieron gentes que vestían alegres colores; con ellas se cruzaba la litera de un noble o una procesión camino de la huaca, donde se iba a celebrar alguna ceremonia.



Friso en uno de los muros de Chan-Chan.

Sus muros, apenas reconocibles, eran de palacios y templos, de talleres donde se fundían los metales: el bronce para las armas, el oro y la plata para los ornamentos. A la sombra de esos mismos muros se instalaron puestos en que alfareros y pescadores vendían su mercancía. Las calles, ahora silenciosas, estuvieron llenas de ruidos, de voces, y de pisadas; también debieron oírse risas y canciones, porque a las gentes de Chan-Chan se las describió como alegres y locuaces, y además era centro al que acudían peregrinos, artistas y comerciantes. En cualquier cruce, que ya no existe, hubo tiendas donde se vendía ropa de algodón. El algodón, que, como el maíz o la patata, tan importante fue para el antiguo peruano, y que allí era hilado y tejido, era desconocido en Europa, y cuando Heródoto, casi 500 años a. C., se refirió al de la India como a una planta exótica que en vez de fruto daba lana, ya hacía milenios que en esta tierra era utilizado.

Constructores de una inmensa ciudad de barro, dominadores de un extenso territorio, pescadores, hábiles agricultores, y tejedores, pero ¿quiénes eran los hombres de Chan-Chan? Uno podría buscarlos entre los de ahora mismo, porque no ha pasado mucho tiempo, apenas siete siglos, desde que se construyó el Imperio chimú, del que Chan-Chan fue capital. Es cierto que en las ciudades de esa zona conviven europeos, asiáticos y africanos, y que sus sangres están ya mezcladas con ellos, pero aún hay muchos descendientes directos de los yungas, que es como los incas llamaban a los que vivían en la costa norte, señalando con ese nombre que pertenecían a una región calurosa. Eran los mismos que desde hacía mucho tiempo habitaban esa parte del Perú, hasta que un día, según la tradición, alguien llegó y cambió sus destinos:

«El Dios creador vino del mar y enseñó a las gentes de Yunca a construir ciudades y templos. Les enseñó a abrir canales y a ensanchar los valles de la costa para que crecieran en los

campos la yuca y el maíz, el algodón y las pitas, el melón y la calabaza».

Fue el mítico Tacaynamo, el fundador de la primera dinastía chimú, que un día llegó al valle del río Moche, y suele ser representado sobre una balsa de madera arrastrada por dos nadadores. Un hombre divinizado o, tal vez, un dios humanizado; uno de esos dioses maestros que aparecen en tantas tradiciones americanas y a los que se alude como venidos de las estrellas, unas veces, y otras, como llegados del otro lado del mar. Pareciera que leyendas y religiones se empeñaran en llevar la contraria a arqueólogos y antropólogos, empeñados a su vez en que las culturas americanas nacieron y se desarrollaron sin ninguna influencia exterior.

El caso es que Tacaynamo, fuese hombre o dios, llegó a la tierra de los yungas, les enseñó otra forma de vida y les puso en la senda de la conquista, más o menos, como hicieron otros dioses con otros pueblos. Así nació un imperio, y nació una ciudad desde la que gobernarlo.

Sin contar con el legendario Tacaynamo, dicen que hubo nueve reyes antes de que imperio y ciudad fueran conquistados por el inca; por eso, en Chan-Chan, existen nueve ciudadelas. Una de ellas es la que llaman ciudadela Tschudi, parcialmente reconstruida por los arqueólogos para dar una idea de cómo fue en aquellos tiempos ya lejanos. Tal vez fuese la que mandó construir Guacrí Caur, o quizá la de Ñancepinco, el caudillo que extendió el imperio hasta la sierra, pero ya no hay forma de saberlo.

Cada rey construyó su propia ciudad dentro de la ciudad; así, no eran palacios, sino mucho más, recintos en los que vivían la familia real, los sacerdotes, los servidores, y en los que había todo lo necesario para esa pretendida independencia: un wachake de donde sacar agua, plazas para las ceremonias, un palacio, almacenes, santuarios, un sector militar... La imprescindible muralla, con la que aislarse del resto de la ciudad, mide kilómetro y medio

de perímetro y en su parte más alta llega a los doce metros de altura. Su ancha base, que le ha permitido sobrevivir a los terremotos, garantizaba que sólo aquellos que eran bienvenidos tuvieran acceso a la ciudadela.

Dentro era otro mundo: abiertas plazas de una sencillez que desconcierta, llenas de luz y equilibrio, pintadas en otro tiempo en brillantes colores. Zócalos, frisos, cenefas, en los que animales esquemáticos aliviaban la monotonía de las paredes lisas. Una decoración de peces y aves marinas, como corresponde a una ciudad como ésta, que del mar vivía. Allí hubo jardines, hubo canto de pájaros, hasta que un día murió el rey que habitaba la ciudadela y ya no hubo nada, excepto soledad y silencio. Porque aseguran que ese fue el destino de las nueve ciudadelas de Chan-Chan: muerto el rey, las puertas eran selladas con todos sus servidores dentro para que siguieran atendiéndole en la otra vida. De esa forma, la ciudadela se transformaba en una inmensa tumba y el sucesor iniciaba la construcción de otra nueva ciudadela.

Palacios, plazas y almacenes quedaban desiertos, abandonados a su nueva dueña: la muerte. Tan sólo una visita se produciría, la de los dioses, que acudirían a recoger el alma de los que allí quedaban enterrados, de aquellos privilegiados que pasaban de una a otra vida con la seguridad de una felicidad eterna. Fuera, en el cementerio del pueblo, el destino de las almas no debió de ser tan glorioso, como tampoco lo ha sido el de sus huesos. Profanadas decenas de veces, sus tumbas han vomitado ya cuanto de valor se encerraba en ellas. Aunque es probable que alguna quede inviolada, porque, en su afán carroñero, los huaqueros, los buscadores de tesoros, han cubierto unas con la tierra sacada de otras, convirtiendo el cementerio de Chan-Chan en un caos en el que los arqueólogos empiezan ahora a trabajar.

Pero la muerte iguala a nobles y plebeyos, y si las tumbas populares fueron profanadas, las otras, las de reyes y sacerdotes,

no sufrieron mejor suerte. Más codiciadas, por encerrar mayor riqueza, las tumbas de las ciudadelas han venido siendo saqueadas desde que los incas conquistaron la ciudad. Sólo una mínima parte ha ido a parar a los museos, el resto de máscaras mortuorias, de orejeras, prendedores, collares y los mil objetos de oro y plata que formaban el ajuar funerario, fueron fundidos por unos y por otros a lo largo de los últimos cinco siglos. La cantidad depositada en las tumbas de Chan-Chan debió de ser inmensa. En 1566, el rey de España recibió 268 kilos de oro procedentes de esta zona, el célebre «quinto» que correspondía a la Corona. Si se tiene en cuenta que se trataba de la quinta parte de lo que oficialmente se extraía, no es exagerado suponer que la cantidad total superase las dos toneladas y media de oro.

Veintiséis años después, en 1592, la Corona de España recibía otros 124 kilos de oro en concepto de «quinto». Aún queda mucho más por extraer de las huacas y de las tumbas de Chan-Chan y de otros lugares del valle del río Moche. Oro y plata por toneladas. Sin embargo, el mayor valor de Chan-Chan está en sus adobes, en ese material perecedero; un tesoro arqueológico que se está perdiendo. En esta parte del Perú casi nunca llueve, no sobra la piedra y hace calor, por eso el adobe resulta idóneo para construir, ahora igual que antes. Pero lo que funcionalmente resulta adecuado, arqueológicamente es fuente de interminables problemas. Esta tierra seca recibe cada veinticinco años, más o menos, la lluvia, pero no como una bendición, sino como un absurdo e injustificado castigo que inunda los campos, arrasa los poblados y disuelve las ruinas de adobe como si fueran un helado puesto al sol. En 1925, la lluvia torrencial redujo Chan-Chan a poco menos que un conjunto de montículos arcillosos apenas reconocibles. En los años cincuenta ocurrió otro tanto y en 1983 volvió a suceder. Estas lluvias trajeron consecuencias nefastas para la conservación de monumentos, fun-

damentalmente porque Chan-Chan es una ciudad construida íntegramente de barro; aunque hay algunas casas cimentadas en piedra que no han estado tan expuestas a los daños provocados por las lluvias.

La destrucción de Chan-Chan se debió básicamente a la natural erosión del adobe por los elementos y a las inundaciones de los recintos que no están acondicionados para su desagüe. Para salvar Chan-Chan de las cíclicas lluvias destructoras, que cada veinticinco años aproximadamente descargan sobre ella, habría que perfeccionar el sistema de drenaje para evacuar aguas rápidamente y derivarlas hacia plazas muy amplias. Dentro de un tiempo imposible de precisar, sucederá de nuevo, y, aunque los arqueólogos dispongan de unas semanas para proteger lo más vulnerable, gran parte de esta ciudad de barro de veinte kilómetros cuadrados desaparecerá para siempre.

La que fuera orgullosa capital del Imperio chimú sigue muriendo muchos siglos después de que perecieran sus habitantes. No ha merecido la suerte de otras ruinas, construidas con sólida y casi eterna piedra; por eso, recorrer sus restos condenados es casi un acto piadoso. Pasado el tiempo, sus imágenes dormirán en algún archivo, en alguno de esos almacenes de fantasmas que son las filmotecas. Chan-Chan no existirá ya entonces, se habrá reintegrado a la tierra. Puede que al hacerlo haya cumplido su mejor destino: unirse al fin con sus gentes en el más profundo olvido.